

## *La prostitución como metáfora: matriz androcéntrica y violencia epistémica en la teoría de Georg Simmel*

POR MARÍA DE LAS NIEVES PUGLIA<sup>1</sup>

### Resumen

El presente artículo tiene por objetivo hacer un análisis sobre la utilización que hace Georg Simmel de la prostitución como metáfora desde la perspectiva de la epistemología feminista. Simmel resulta un caso paradigmático, ya que siendo el primero de los clásicos de la sociología que atiende especialmente temas de género, opera igualmente una ontologización de la diferencia entre varones y mujeres. Para revelar esta matriz, se hace un análisis del concepto de cultura y la esencialización de la diferencia sexual que produce para explicar el proceso de transformación histórica de una forma de vida originaria en la Edad Media hacia la vida social en las grandes urbes modernas. Luego se desarrolla cómo funciona la prostitución como metáfora del binomio subjetividad-objetividad que construye Simmel. A lo largo del texto se revelará el androcentrismo y violencia epistémica de un andamiaje conceptual que aún así no deja de ser vanguardista para el pensamiento de fines del siglo XIX y principios del XX. Finalmente, se deja plasmado un componente insoslayable para un programa de relectura atenta de nuestros “padres fundadores”. **Palabras clave:** Georg Simmel, prostitución, epistemología feminista, dinero.

### Abstract

The purpose of this article is to analyze the use of prostitution as a metaphor by Georg Simmel from the perspective of feminist epistemology. Simmel is a paradigmatic case, since it is at the same time the first of the classical sociologists that deals with gender issues but also manages to ontologizes the difference between men and women. To reveal this matrix, an analysis of the concept of culture and the essentialization of the sexual difference is required to explain the process of historical transformation of a way of life originated in the Middle Ages towards social life in the large modern cities. Then this research develops how prostitution works as a metaphor of the binomial subjectivity-objectivity of life and culture that Simmel builds. Throughout the text androcentrism and epistemic violence are revealed within a theory that still remains avant-garde for late nineteenth and early twentieth century way of thinking. Finally this analysis leaves us an unavoidable component for a program of an attentive rereading of our “founding fathers”. **Key words:** Georg Simmel, prostitution, feminist epistemology, money.

---

<sup>1</sup> Centro de Estudios Sociales de la Economía. Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES-UNSAM). Contacto: mariapuglia@gmail.com.

*Los mitos que no se examinan, dondequiera que sobrevivan,  
tienen una potencia subterránea [...].*

EVELYN FOX KELLER

## Introducción

En sus análisis acerca de la transición histórica de las comunidades hacia las sociedades modernas, el bastión de clásicos de la sociología ha propuesto en cada caso andamiajes conceptuales para dar explicación a la tensión entre individuo y sociedad. Nuestros clásicos desde Tönnies, pasando por Marx, Weber, Durkheim y Simmel han intentado dar explicación a las transformaciones en las relaciones sociales que Tönnies conceptualizó bajo el binomio comunidad- sociedad (Tönnies, 1947; Honneth, 1999). Los conceptos de solidaridad, de racionalidad instrumental, modo de producción capitalista, formas vitales y dinero han estado en la centralidad de los análisis sociológicos desde sus comienzos. Sin embargo, todo el andamiaje conceptual de los “padres fundadores” se montan sobre concepciones acerca de los sexos, de modo tal que las referencias a las mujeres y su rol en las nuevas sociedades que intentaban de algún modo interpretar se cuela entre análisis que usualmente pensamos neutrales. Revelar estos sesgos nos permite por un lado, desandar la idea de que estas teorías, que aún hoy tienen vigencia en varios aspectos, son de orden universal, puesto que han universalizado la experiencia masculina para colocarla como la experiencia de la humanidad. Asimismo, una lectura crítica feminista de los clásicos, nos permite también comprender cuáles son las figuras discursivas a través de las cuales hablan las naturalizaciones de la diferencia sexual ejerciendo violencia epistémica.

Si bien la disciplina es deudora de su agudeza en el análisis acerca de las relaciones sociales en el capitalismo y la modernidad, los clásicos han dejado mucho que desear cuando se las han tenido que ver con la situación de las mujeres en ese nuevo régimen. Tal vez sea Georg Simmel el caso más paradigmático. Raquel Osborne (1987) fue quien señaló hace décadas, que Simmel presenta un caso paradójico en sí mismo. Se trata de uno de los autores más diversos que tiene los inicios de nuestra disciplina y tal vez el único con una finura y una sensibilidad particular para el análisis del rol de las mujeres en las sociedades modernas y aún así en la riqueza de sus análisis se pierde de vista la jerarquización entre los sexos.

Simmel, un pensador olvidado en el bastión parsoniano de clásicos de la sociología y aún así un fundador de la disciplina y principal influencia sobre uno de los creadores de la Escuela de Chicago (Watier, 2005), ha sido el único entre los reconocidos socialmente como “padres”, que se ha ocupado de visualizar a fines del siglo XIX de forma sumamente vanguardista el carácter masculino de la cultura, bogando por la distinción entre los conceptos de hombre<sup>2</sup> y humanidad, revelando lo que Amorós (2000) llamó la universalidad usurpada. Fue este autor quien ha

---

<sup>2</sup> En este trabajo utilizaremos la noción de hombre en tanto que varón.

desarrollado una serie de metáforas que resultan especialmente enriquecedoras para el análisis que nos proponemos aquí. Desde la cromaticidad de los vínculos sociales y el dinero (Sánchez, 2013) hasta las figuras de temperatura para medir la intimidad de las relaciones, ha sido Simmel un autor prolífico en conceptualizar las preguntas clásicas de la sociología sobre la modernidad. Entre sus metáforas la que nos interesa es la utilización de la prostitución como figura paradigmática para pensar esta época histórica. La prostitución no es utilizada por el autor para describir una práctica sexual o para dar explicación a un fenómeno tan particular, sino que es usado en tanto que concepto y metáfora acompañado de otras figuras cromáticas y de temperatura que ahondan en el carácter binario y esencialista sobre lo femenino y lo masculino.

Fue Fox Keller (2001) la que nos advirtió tempranamente acerca del uso de las metáforas en las ciencias. Si bien su trabajo magistral se ha centrado en la genética en específico, su epistemología feminista puede servirnos para poner de manifiesto la supervivencia de creencias míticas de género en las formas en que Simmel pensaba su matriz conceptual. “Los mitos que no se examinan, donde quiera que sobrevivan, tienen una potencia subterránea”, nos recuerda la pensadora (Fox Keller, 2001: 151). Efectivamente, la prostitución en Simmel no es un objeto de análisis sino que funciona como figura para describir las relaciones sociales características de la modernidad, en la que rige la frialdad, lo descolorido y la objetividad por encima del lazo subjetivo.

En su análisis del dinero como forma de vinculación de relaciones sociales modernas, del estilo vital propio de la vida urbana marcada por las asociaciones anónimas entre elementos objetivos, Georg Simmel encuentra que “... en la esencia del dinero se experimenta algo de la esencia de la prostitución” (Simmel, 1977: 466). Efectivamente, para el autor, la prostitución de las mujeres es un espacio ejemplar para analizar la despersonalización de las relaciones sociales, el intercambio de lo más íntimo y personal de las mujeres, su involucramiento en relaciones sexuales, por lo más impersonal de la vida objetiva, el dinero.

La particularidad de la prostitución es que ilustra la transformación histórica de un estilo vital subjetivo, donde reina la intimidad y personalización en los círculos pequeños de relaciones sociales, en un estilo vital objetivo, donde la diferenciación creciente de la vida y su consiguiente despersonalización precisan (y a la vez son efecto) del dinero como forma de vinculación social. Es así que la prostitución revela la contradicción entre el carácter puramente personal del Yo que se observa en la “entrega sexual” de la mujer y la economía monetaria como forma de relación impersonal.

Este análisis de la transformación histórica previamente mencionada es posible, en este caso, por el desarrollo de una perspectiva de la mujer en tanto la persona que representa más fuertemente el mundo de la unidad vital originaria. La prostitución femenina le permite a Simmel ver en una relación particular, que es el intercambio de sexo por dinero entre un hombre y una mujer, la figura que condensa el cambio social del estilo vital de una unidad originaria íntima, subjetiva y personal a las asociaciones monetarias entre objetos autónomos despersonalizados.

La obsesión por la revisión de los clásicos en clave de género se inspira en una investigación empírica de larga data sobre prostitución sindicalizada en Argentina

llevado adelante entre 2011 y 2013, y que desde 2017 forma parte de un proyecto mayor acerca de las tensiones en torno a los procesos de mercantilización de la vida. No pretende de ningún modo satisfacer un purismo teórico ni epistemológico, sino reconocer desde una perspectiva crítica los sesgos que presentan las teorías que aún hoy utilizamos para discutir, entre otras cosas, la prostitución, sirviendo de argumento muchas veces la objetificación a las que son sometidas las mujeres que Simmel ha desarrollado con detalle (Bernstein, 2007). En el presente artículo, en primer lugar, se hace un breve desarrollo de algunos conceptos de epistemología feminista que nos servirán de marco teórico. Luego, expondré el análisis de la cultura y la ontologización de la diferencia sexual que opera Simmel para explicar el proceso de transformación histórica de una forma de vida originaria en la Edad Media hacia la vida social en las grandes urbes modernas. Luego de estos pasos necesarios, desarrollaré cómo funciona la prostitución como metáfora del binomio subjetividad y objetividad de la vida y la cultura que construye Simmel. A lo largo del texto se revelará el androcentrismo y violencia epistémica de un andamiaje conceptual que aún así no deja de ser vanguardista para el pensamiento de fines del siglo XIX y principios del XX.

### **Sobre el androcentrismo y las metáforas**

Diana Maffia (2007) estableció que ciencia y filosofía se ocuparon de colocar en una posición diferenciada y de inferioridad a la experiencia e, incluso, a la naturaleza femeninas. Las ciencias se han puesto a la tarea de entronar al varón adulto como eje de todo, universalizando su experiencia (Maffia, 2007). De este modo se las ha rebuscado para pasar como naturales e inevitables diferencias biológicas y psicológicas, producir una jerarquización sobre esas diferencias y así legitimar el estatus inferior de las mujeres atando destino biológico y destino social. El caso que ha sido de especial interés para las pensadoras que trabajaremos aquí es el de la medicina que se arroga la legitimidad del saber sobre nuestros cuerpos y nuestras experiencias. Un caso muy paradigmático es el que ilustra Londa Schiebinger (2004) sobre el análisis que hicieron los anatomistas decimonónicos sobre los esqueletos y la valoración diferencial de los cráneos y pelvis de varones y mujeres para asegurar la inferioridad del cráneo femenino y la idoneidad de su destino como parturienta dado el tamaño de su pelvis. La epistemología feminista busca dar cuenta de estas operaciones, no reemplazar la mirada parcial masculina por otra parcialidad.

La epistemología feminista retoma la concepción kuhniana de la ciencia como comunidad de sujetos. La misma Evelyn Fox Keller (2001) reconoce en Thomas Kuhn un interlocutor inigualable para entender la ciencia como una construcción intersubjetiva por lo que las teorías son producto de sujetos que están atravesados socialmente. Es necesario un análisis del sistema género-ciencia para entender cómo se conjugan preconceptos sobre los sexos y las formulaciones científicas. De este primer paso, Sandra Harding (1996) nos advirtió hace décadas acerca del carácter amenazador que tiene la crítica feminista sobre la ciencia para el orden social. Si bien su trabajo, al igual que el de Fox Keller, trata sobre las ciencias biológicas y

médicas, la agudeza de las herramientas conceptuales que nos han legado, resulta central para el análisis de epistemologías en todos los campos.

Fue Fox Keller (2001) la que señaló que Simmel se había ocupado de romper con los cánones acerca de las mujeres propias de la época, pero olvida que en el autor también sobreviven creencias míticas que atraviesan toda su teoría. Como señala la propia Fox Keller, analizar estas creencias míticas no significa simplemente denunciar la escasez de mujeres en ciencia, sino y más bien, comprender la ciencia como una construcción de una comunidad de personas que sostienen un conjunto de creencias. Es así que las metáforas utilizadas en ciencias (tales como “duras” y “blandas”), lejos de ser neutrales, tienen también una función performativa del lenguaje.

### **La vida y la cultura. El sexo del binomio objetividad y subjetividad**

En la obra de Simmel la evolución de la vida puede graficarse a través de las figuras de los círculos. La vida tiene contenidos que están ordenadas en un círculo cuyo centro es el Yo, de modo tal que cuanto más cerca del centro las relaciones sociales conforman grupos más pequeños de estrechos vínculos sociales de carácter íntimo, personal y afectivo, que no permiten la diferenciación de sus miembros en tanto que individualidades (Simmel, 1977; 1986). En cambio, a medida que las formaciones sociales crecen en las grandes urbes, los vínculos sociales pierden estrechez, solidez y homogeneidad, ganando libertad, autonomía y diferenciación entre los individuos (Simmel, 1986; Torterola, 2012). El tránsito del centro a la periferia de esta figura que organiza los contenidos vitales es lo que más ilustradamente describe la evolución histórica de las relaciones sociales de la Edad Media hacia la Modernidad.

Para explicar el proceso, su construcción de conceptos adquiere un estatus fuertemente vitalista. Estas construcciones le permiten no solo la edificación de conceptos analíticos de carácter científico, sino que también poseen un alto nivel descriptivo. La unidad vital originaria fuertemente subjetiva y personalizada y basada en una economía donde la relación entre señores feudales y vasallos era de carácter estrecho e íntimo, se transforma en relaciones objetivas entre capitalistas y trabajadores, donde las personas ya no se reconocen como personas sino en función de su lugar en el sistema de producción capitalista (Simmel, 1986; 1977). Comparte con Marx la tesis de que las relaciones sociales entre sujetos se convierten en relaciones sociales entre objetos. En este proceso de atomización e individualización, los hombres encuentran una novedosa autonomía, pero una renovada dependencia debido a la necesidad mutua que inaugura la división del trabajo social. En este sentido, si los hombres son libres, autónomos y se valen en tanto individuos, ¿cuál es el elemento que permite la interrelación de estos miembros que parecieran no deberse nada unos a otros? He aquí el rol fundamental del dinero en la teoría de Simmel, el objeto más despersonalizado para las relaciones más despersonalizadas.

El involucramiento total o parcial del Yo en las relaciones sociales resulta un punto problemático en Simmel. Con el desarrollo de la vida urbana, la persona



ya no se relaciona en tanto totalidad con los otros, ya no se involucra totalmente en el vínculo social. En la vida comunitaria nos dábamos por entero a la otra porque se trata de una vida de sentimiento, pero con la descoloración que trae la vida de las asociaciones modernas, no solemos dar ninguna otra cosa de nosotros mismos a los demás que no sea el dinero en tanto instancia abstracta, objetiva, impersonal y universal.

La crítica de la vida moderna se trata de una problematización de la despersonalización de las relaciones sociales y su carencia de espíritu. Sin embargo, no se movilizan en función de un dispositivo utópico, no apela a pensar antídotos a su presente. Esto se debe a que este proceso tiene una doble cara, implica pérdida de la subjetividad pero, a la vez, significa adquirir libertad y autonomía. Existe una compensación entre lo que se pierde y lo que se gana. Por esta razón, su batería de conceptos no funciona como dicotomías o tipos ideales a la Weber, sino como movimientos de acercamiento y alejamiento del centro a la periferia con formas de asociación en un lugar como en otro. Las formas comunales de vivir son reemplazadas por una proliferación de grupos sociales intermedios propios de la metrópolis (Toterola, 2012).

Ahora bien, este doble proceso de despersonalización e individualización de los sujetos viene acompañado de una nueva forma de asociar a las personas, un elemento privilegiado que servirá para poner en relación a los hombres. El dinero se convierte en el mediador adecuado de la relación entre los seres humanos en tanto seres no personales, en tanto trabajadores y capitalistas, ya que como estos, se trata de un elemento objetivo, abstracto y que permite conectar sin afectos a individuos en la fugacidad de un intercambio.

Cuando hablamos de hombres, Simmel lo utiliza en el sentido pleno de la palabra. Son los varones para quienes el dinero es un medio adecuado para mediar sus relaciones, no para todos los seres humanos. En su ensayo *Cultura Femenina* (1980), reconocía que la cultura humana no es asexual, sino que es masculina. Son los varones los que crearon la cultura que se ha universalizado como la humanidad entera. ¿Por qué Simmel subtitula su ensayo Cultura objetiva y cultura subjetiva? Pues porque la conceptualización de la cultura se asienta sobre la ontologización de la diferencia dicotomizada entre masculino y femenino. Sin este primer paso es imposible toda formulación simmeliana sobre los productos de la objetivación de los sujetos.

La cultura en Simmel se compone de un doble movimiento, pues es cultura tanto a producción de objetos externos que hacen los sujetos (arte, religión. Técnica y las normas sociales) pero también cuando esos objetos son incorporados por el sujeto. Esto es, cultura es tanto objetivación como resubjetivación. Cultura es tanto subjetiva como objetiva (Simmel, 1980). La capacidad de producir objetos en la Modernidad es significativamente mayor a la capacidad que tienen los sujetos de reabsorberla. He aquí la tragedia de la cultura, el sujeto ya no reconoce los objetos que él mismo produjo debido a la división social del trabajo y, por ende, no se puede reapropiar de ellos. Es por esto que ya no resultan tan significativos desde un punto de vista subjetivo.

La distancia entre cultura objetiva y cultura subjetiva está relacionada con la distancia entre los varones y las mujeres, pues la cultura es experimentada de formas

diferentes por cada uno. El mundo de la objetividad y sus productos que hacen a la cultura es de los varones, es una creación masculina, mientras que el mundo subjetivo es netamente femenino. Los contenidos de la cultura no son neutros, sino masculinos, pues la cultura es producto del proceso de objetivación de los sujetos masculinos que la construyen (1980). En este punto, Simmel es un vanguardista, pues advierte acerca del androcentrismo de la cultura.

Si bien este argumento funciona describiendo el sesgo masculino en la creación de los objetos, también funcionan como metáforas. Cuando Simmel intenta explicar por qué la cultura es producto masculino, encuentra la causa en una especie de psicología de la división social del trabajo. Este proceso conviene más al varón que a la mujer, dice Simmel (1980), pues el varón emplea sus energías en dividir infinitamente su trabajo sin por eso involucrar su vida personal, o sea que tiene la capacidad de mantener intacta su esencia y su integridad. La división del trabajo resulta inapropiada para las mujeres porque no logran separar su intimidad de lo que hacen, ponen todo su yo en juego. El carácter unitario de su naturaleza femenina se extrae de una observación sociológica aguda para la época: las tareas domésticas históricamente hechas por las mujeres están dotadas de una multiplicidad que va en sentido contrario de la hiperespecialización de las profesiones masculinas. Este análisis se traduce luego en una esencialización, pues la naturaleza de las tareas múltiples se convierte en la imposibilidad de la separación de la mujer de sus sentimientos, su intimidad y su integridad que la relegan al espacio doméstico.

Más precisamente, que le falta a la mujer es esa facultad “tan masculina de mantener intacta la esencia personal a pesar de dedicarse a una producción especializada, que no implica la unidad del espíritu. El hombre lo consigue merced a la distancia de objetividad en que coloca su trabajo. Pero la mujer no puede lograrlo. Y no significa esto en ella un defecto, una carencia, sino que lo que aquí expresamos en forma negativa de falta es en ella la resultante de su positiva naturaleza (Simmel, 1980: 19).

Esto la coloca en cercanía a los círculos más íntimos de la vida, aquellos en los que rige el sentimiento y que, como hemos visto, pertenece a formas vitales comunitarias premodernas. Simmel era un convencido de que no había que leer la falta de objetividad femenina como una característica negativa, sino como un estilo vital distinto (1980). Por eso piensa que las mujeres son más propensas a la fidelidad y los varones a la diferenciación y separación. Advierte sobre los riesgos de identificar objetividad y masculinidad en un plano descriptivo, pero da riendas sueltas al plano performativo de esos conceptos sin dar cuenta que su efecto es producir un binomio de conceptos que esencializa la diferencia y la inscribe en el proceso histórico y conceptual clásico de la sociología: mujer-subjetividad-comunidad / varones-objetividad-sociedad.

[...] entre las mujeres, lo genérico y lo personal coinciden con más facilidad; puesto que las mujeres están más estrecha y profundamente relacionadas con el origen oscuro de la naturaleza que el hombre, también su parte más esencial

y personal echa raíces más poderosas en aquellas funciones naturales, universales, que garantizan la unidad de la especie (Simmel, 1977: 468).

Estas metáforas funcionan a fuerza de determinismo biológico de la conducta y la posición social (Fox Keller, 2001). No desde la genética que es el escenario más estudiado por Fox Keller, pero sí desde la psicología, Simmel justifica la relación con el mundo objetivo/subjetivo en función de los grados de involucramiento del yo de varones y mujeres. La ontología y la psicología aparecen como un dispositivo de legitimación de la diferencia sexual sobre el cual se monta todo el andamiaje teórico de Simmel y sobre el que femenino-masculino se funde con el binomio vitalista, histórico y conceptual comunidad-sociedad. A partir de este andamiaje es que podremos entender la identificación que hace entre estilo vital de las grandes urbes en la modernidad y prostitución.

### **Cómo funciona la metáfora prostitución en Simmel. La degradación de la mujer a mero medio y la matriz ontologizadora de la diferencia sexual**

Hemos visto que el dinero es la condición de posibilidad de la pluralización de nuevas relaciones sociales. Es la instancia que funda sociabilidad en un nuevo contexto histórico que parece desintegrar las relaciones personales, pero integrar objetos bajo los cuales aparecen los viejos sujetos. Simmel establece que “en la esencia del dinero se experimenta algo de la esencia de la prostitución” (Simmel, 1977: 466). Efectivamente, para el autor es la prostitución la figura que condensa el proceso por el cual las formas vitales comunitarias profundamente personales han pasado a formas sociales urbanas despersonalizadas y objetivadas. El intercambio de sexo por dinero resulta la metáfora privilegiada para entender la forma en que el ser humano deja de ser un fin en sí mismo para convertirse en un medio, siguiendo la lectura que Simmel hace de Kant. De este modo, la presencia del dinero en la prostitución mostraría que el intercambio convierte a la mujer en un objeto.

Para Simmel resulta degradante que una mujer entregue lo que él considera más íntimo, y que además debiera encontrar su contraparte en una entrega igualmente personal por parte del hombre. Resulta que, en cambio, la mujer se encuentra frente a una desproporción, pues se entrega entera cuando solo recibe dinero a cambio. Es decir, entrega su más profunda subjetividad (asociada al término de intimidad) mientras recibe objetividad (la instancia más abstracta y objetiva posible). A cambio de algo que no tiene igual, debido a su carácter íntimo, recibe el equivalente universal (Simmel, 1977). Hemos llegado a un punto en el que cabría preguntarse cómo es posible que la entrega sexual de la mujer involucre su totalidad, de manera tal que todo su Yo se encuentre participando completamente del encuentro, cómo es posible que ella se entregue totalmente. Pero, además, ¿por qué Simmel no afirma lo mismo para los varones?

Nos hemos encontrado aquí con un momento estructurante de la teoría de este pensador y que creemos puede condensarse en un eje de lectura de su obra: la relación entre los sexos. Esta relación no resulta un mero dato, sino un elemento



articulador de las reflexiones en torno al proceso de despersonalización y la economía monetaria que precisa de la presencia de individuos libres. Para esto debemos ahondar un poco más en la concepción sobre mujeres y varones y cómo tal relación se articula con el proceso histórico y con los conceptos que ocupan a Simmel.

Para Simmel el dinero no es algo necesariamente malo, por el contrario “[...] es el ejemplo más claro del hecho de que también las diferencias y las enemistades más radicales en el mundo de los seres humanos dejan sitio para igualdades y comunidades” (Simmel, 1977: 629) en tanto conecta individuos, aunque sea como objetos y cantidades. Ahora bien, podríamos preguntarnos por qué si el dinero es un igualador y permite asociaciones nuevas en la Modernidad, para las mujeres resulta una instancia de degradación de su persona. Esto se articula perfectamente con la teoría ilustrada a través de los círculos. En el centro del círculo encontramos un estilo vital de vínculos estrechos e íntimos propios de las comunidades originarias, mientras que en la periferia se produce un alejamiento de los afectos y sentimientos que tenían las relaciones, individualizando a los elementos de la sociedad. En este movimiento, no solo pasamos de una forma vital a otra, sino que además éstas tienen una estricta comunicación con los sexos y de ahí que nuestro eje de análisis adquiere cierta relevancia.

En efecto, los únicos capaces de no dar absolutamente nada de sí mismos en el intercambio más allá del dinero son los varones, mientras que “La esencia de la mujer [...] vive mucho más bajo el signo del todo o nada, sus inclinaciones y aficiones forman asociaciones más estrechas, por lo que a ellas les resulta más fácil que a los hombres manifestar en un punto el conjunto de la esencia, con todos sus sentimientos, voliciones y pensamientos” (Simmel, 1977: 468). Esto se debe a lo que Simmel llama, en su ensayo sobre la cultura femenina, el carácter unitario de la mujer (1980). De modo tal que cuando la mujer se involucra en actividades lo hace desde la totalidad de su personalidad, sea en la Edad Media como en la Modernidad. Por eso, el intercambio de su entrega sexual por dinero resulta inadecuado.

Esta ontología diferencial, en la que la feminidad está asociada a lo subjetivo y la masculinidad, a lo objetivo, está apoyada en una observación del proceso creciente de división social del trabajo. Como dijimos, para el autor el hombre no ve involucrada su personalidad en la división del trabajo porque la actividad que lleva adelante es tan especializada, diferenciada y objetiva que está completamente separada de su vida personal y privada (Simmel, 1977). Tiene una distancia de objetividad con su trabajo (muy parecida a la idea de fetichización de la mercancía en Marx). La mujer no puede decir lo mismo, pues no participaba del mismo modo del proceso de producción en la época en que escribe Simmel.

He aquí la raíz empírica de las reflexiones teóricas de Simmel. Es la observación histórica del proceso de división social del trabajo y la participación diferencial de varones y mujeres en el mismo, la base sobre la cual el autor puede afirmar que existe una experiencia diferencial por sexo en relación al dinero y a la vida. De la observación a la experiencia diferencial hay un acierto, ya que efectivamente la separación entre esferas productiva y reproductiva (pública y privada) produce subjetividades particulares. Sin embargo, luego genera un salto conceptual pues convierte la vivencia en esencia, transformando la experiencia históricamente

situada en naturaleza. Pero realiza una operación más. Produce un nuevo salto cuando asume que las mujeres no pueden desentenderse de una subjetividad sentimental, íntima y personal sino que, además, ese carácter tiene un contenido sexual. Lo íntimo y personal es su sexualidad:

El momento más bajo de la dignidad humana se alcanza cuando una mujer entrega lo más íntimo y lo más personal [...] a cambio de una compensación absolutamente impersonal y de carácter completamente exterior y objetivo, Aquí experimentamos la desproporción más completa y más penosa entre la prestación y la contraprestación; o, más bien, y ésta es, precisamente, la degradación de la prostitución, es decir, que rebaja de tal manera la propiedad personal y más reservada de la mujer que el valor más neutral de todos, el más alejado de todo lo personal, se considera como un equivalente adecuado de aquel (Simmel, 1977: 467).

Como explica Raquel Osborne (1987), Simmel establece que la naturaleza femenina es inadecuada para participar del universo de los objetos, fundamentalmente porque la cultura objetiva fue creada por varones. Nuestro autor reconoce que la cultura es masculina y que la mujer estaría intentando actuar en un espacio no solo dominado, sino creado por el varón. Entonces, cuando el hombre actúa, lo hace de forma mediada, creando cultura, mientras que la mujer lo hace de forma inmediata, poniendo en juego su esencia en cada relación. En este sentido, Osborne asegura que Simmel muestra cierta agudeza feminista, en el sentido de reconocer la dominación masculina. No obstante, la denuncia queda en la crítica de la jerarquización valorativa de hombres por sobre mujeres, pero podríamos afirmar que tiende a afianzar tal desigualdad cuando metafórica a través de la prostitución.

En definitiva, según el propio Simmel, la mujer estaría más cerca del centro de la esfera que dibuja y el varón, en la periferia. Existe una correspondencia fuerte entre el centro del círculo vital correspondiente a formas comunitarias de vivir en conjunto con la esencia femenina asociada a los afectos, los sentimientos y la sexualidad, y la periferia de este espacio que vincula a los humanos a través del interés calculador y racional en el dinero y la esencia masculina que es predominantemente objetiva. Transformaciones históricas, formas de sociabilidad y sexos están entrelazados en la teoría simmeliana.

Esta distinción de sexos suena conocida, pues también podemos encontrarla en otros autores de la sociología clásica. Es por esto que parece coherente tomar la dimensión de sexo-género como una arista de análisis adicional a las propuestas, y que atraviesa el análisis de los clásicos. Ya hemos visto en Simmel, pero también en Marx vemos que la mujer tiene un rol fundamental en la Modernidad, habiéndose convertido en un instrumento del modo de producción capitalista (Marx, 2001). Incluso, para el autor, el dinero es la “prostituta universal” porque permite relacionar a los individuos con el mundo de las mercancías no bajo sus cualidades personales, sino en tanto que objetos (Marx, 1997).

Habría que considerar cuáles son los alcances de esta nueva dimensión de lectura de los clásicos, que se transparenta cuando una se da a la tarea de leerlos y

releerlos. Cabría preguntarse a qué autores alcanza y en qué medidas es un eje estructurante de sus interpretaciones. Efectivamente, no lo encontramos de forma cristalina en todos ellos, pero hay indicadores persistentes. Tomemos el ejemplo de Ferdinand Tönnies, en el que la dicotomía sexual biologicista y naturalizada de hombre-mujer funciona identificando la dualidad comunidad-sociedad. Según Pablo de Marinis, la comunidad está asociada a lo femenino en tanto representa lo natural, la sensibilidad, las emociones propias del ámbito privado del hogar rural donde se cría a los hijos y se cultivan las artes. De hecho el vínculo privilegiado en el que se funda la comunidad es el de sangre entre madre e hijo. En cambio, la sociedad resulta masculina. Sociedad y hombre están asociados a la frialdad del cálculo racional del espacio público, lugar de la ciencia y de la vida urbana (Tönnies, 1947; de Marinis, 2010). Entonces, existe una relación entre las formas que toman los vínculos sociales y los significados asociados a los géneros binarios.

### **Reflexiones finales. Hacia una epistemología feminista de los clásicos**

De prostituta universal a sintetizadora de la despersonalización de las sociedades modernas, la prostitución funcionó en algunos clásicos y, en especial, en Simmel como metáfora. Funciona de este modo porque permite una doble operación: revelar tanto la promiscuidad como la poliginia del dinero. En Marx existiría una promiscuidad inherente al dinero como equivalente de todas las demás mercancías, mientras que en Simmel (1977) la promiscuidad no es un problema, sino la poliginia, es decir, el hecho de que un mismo hombre mantenga relaciones con varias mujeres. Son los rasgos poligínicos los que dan al varón un protagonismo por encima de las mujeres que quedarían degradadas en valor por su incapacidad de mantener su condición de peculiares.

La circulación de las mujeres como medios para los varones las llevaría a la degradación más cruenta. Sufrirían una baja en el valor de sus personalidades y se convertirían en meros medios. Esta degradación solo es aplicable al mundo femenino en tanto se debe enteramente a su incapacidad de distanciar su intimidad y su sexualidad de las tareas que realiza, una incapacidad muy apropiada para las tareas del hogar pero inapropiada para la economía monetaria. Es así que la distinción entre las esferas privada y pública se apoya en la distancia entre una naturaleza femenina íntima y propia de estilos vitales premodernos y una naturaleza masculina fundadora de la sociabilidad monetaria del estilo vital moderno.

El dinero, territorio descolorado de las relaciones entre objetos es, en definitiva, un elemento masculino por excelencia y responde como tal a dinámicas del orden moderno que solo los hombres pueden sostener. Simmel despliega un análisis en el que logra desentrañar la trampa conceptual que iguala hombre y humanidad y, sin embargo, él mismo hace del singular aglutinador de las relaciones sociales en nuestras sociedades (el dinero) un espacio solo propicio para el comercio masculino. Esta operación solo es posible a través de la ontologización de la diferencia sexual y su correspondencia con la cultura subjetiva y la cultura objetiva.

Luego de esta perspectiva crítica, esperamos se abran nuevas posibilidades para un programa de relectura de los clásicos que busque no reproducir matrices androcéntricas de teorías que aún hoy siguen siendo utilizadas para explicar dinámicas modernas, monetarias y urbanas.

## Bibliografía

Amorós, Celia (2000). "Presentación (que intenta ser un esbozo del estatus questionis)", en Celia Amorós (editora), *Feminismo y Filosofía*. Madrid, Síntesis, pp. 9-112.

Bernstein, Elizabeth (2007). *Temporarily yours. Intimacy, authenticity and the commerce of sex*. Chicago, The University of Chicago Press.

de Marinis, Pablo (2005). "16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)", *Papeles del CEIC*, N° 15. Obtenido de <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/15.pdf>

—(2010). "Sociología clásica y comunidad: entre la nostalgia y la utopía (un recorrido por algunos textos de Ferdinand Tönnies)", en Pablo de Marinis, Gabriel Gatti, e Ignacio Iraztuzta, *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*. Barcelona, Editorial Anthropos, pp. 347-382.

—(2013). "Gemeinschaft, community, comunidad: algunas reflexiones preliminares acerca de las variadas semánticas de la comunidad en la teoría sociológica", *Revista Argentina de Ciencia Política*, N° 16, pp. 87-104.

Fox Keller, Evelyn (2001). "Reflexiones sobre género y ciencia", *Asparkía*, N° 12, pp. 149-153.

Harding, Sandra (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid, Morata.

Honneth, Axel (1999). "Comunidad: esbozo de una historia conceptual", *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, N° 20, pp. 5-15. Obtenido de <http://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/89/89>

Maffia, Diana (2007). "Epistemología feminista: La subversión semiótica de las mujeres en la ciencia". *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, Vol. 12, N° 28, pp. 63-98.

Marx, Karl (1997). *Manuscritos*. Barcelona, Atlaya.

Marx, Karl y Engels, Friedrich (2001). *Manifiesto Comunista*. Buenos Aires, Ediciones Clásicas.

Osborne, Raquel (1987). "Simmel y la cultura femenina (las múltiples lecturas de unos viejos textos)", *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, N° 40, pp. 97-112.

Sánchez, María Soledad (2013). "Interacciones económicas, interacciones simbólicas. Una aproximación etnográfica al significado social del dólar *blue* en Argentina". *Antípoda*, N° 17, pp. 133-152. Obtenido de

<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81429096007>

Schiebinger, Londa (2004). "Capítulo 7", en Londa Schiebinger, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*. Valencia, Cátedra, pp. 275-306.

Simmel, Georg (1977). *Filosofía del dinero*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.

Simmel, Georg (1980). "Concepto y tragedia de la cultura", en Georg Simmel, *Cultura femenina y otros ensayos* (págs. 177-207). Madrid: Revista de Occidente.

Simmel, Georg (1980). Cultura femenina, en *La cultura femenina y otros ensayos*. Madrid, Revista de Occidente en Alianza, pp. 13-56.

Simmel, Georg (1986). “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en Georg Simmel, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona, Península.

Tönnies, Ferdinand (1947). *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Losada.

Tortorola, Emiliano (2012). “Lazo social y metrópolis. La comunidad en los orígenes de la sociología urbana: Georg Simmel y Robert E. Park”, en Pablo de Marinis, *Comunidad: estudios de teoría sociológica*. Buenos Aires, Prometeo, pp. 109-140.

Watier, Patrick (2005). *Georg Simmel. Sociólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión.